
MIGRACIONES Y GÉNERO. CUANDO EL CONTINENTE AFRICANO SE HACE PEQUEÑO

MERCEDES JABARDO VELASCO*

RESUMEN

En este artículo, la autora realiza un recorrido por la historia de las migraciones en el continente africano, desde una perspectiva de género. Comienza analizando el modelo de "migraciones laborales" que se consolidó en el periodo colonial y que ha tenido gran influencia en la imagen de la mujer africana, vista como figura estática o de acompañamiento. A continuación se acerca a las migraciones rural-urbanas acontecidas tras la independencia, con especial atención al sector informal y a las redes que entonces se crean; así como a las migraciones internacionales, primero propulsadas por las antiguas colonias para disponer de mano de obra, y más tarde restringidas, tomando fuerza el fenómeno de la reagrupación familiar, que da lugar a la aparición de las mujeres en la literatura sobre migraciones, todavía estereotipadas. Es esta imagen la que se intenta romper en los siguientes apartados, en los que se da un acercamiento desde otra perspectiva a la mujer inmigrante africana en Europa, resaltando la importancia de las redes que crean, así como las tensiones y contradicciones a las que se enfrentan estas mujeres.

ABSTRACT

The authoress reviews african migrations through history with a gender perspective. First of all it analyzes the model of

* Profesora de antropología social en la Universidad Miguel Hernández. Ha realizado investigaciones de carácter antropológico sobre migración, multiculturalismo, trabajo, etnicidad y desarrollo en la Comunidad de Madrid, Cataluña y Alicante, en España; y en Dakar y la Cassamance, en Senegal.

“labour migrations” that grew to currently during the colonial period and the impact it has left in the image of african women as static and secondary figures. The second part analyzes the rural-urban migrations after independence and the international migrations —now restricted- promoted by the colonies as labour force. The article tries to reflect the importance of african immigrant women in Europe and the networks they create, as well as the contradictions they have to face every day.

RÉSUMÉ

Dans cet article, l’auteur effectue un parcours à travers l’histoire des migrations dans le continent africain, avec une perspective de genre. Elle commence par une analyse du modèle de “migrations de travail” consolidé dans la période coloniale et qui a eu une grande influence dans l’image de la femme africaine, vue comme figure statique ou d’accompagnement. Elle s’approche ensuite aux migrations rural-urbaines qui se sont données après l’indépendance, avec une attention spéciale au secteur informel et aux réseaux qui se sont alors créés; ainsi qu’aux migrations internationales, d’abord incitées par les anciennes colonies pour disposer de main d’oeuvre, et plus tard restreintes. Le regroupement familial prend alors force, ce qui donne lieu à l’apparition des femmes dans la littérature sur les migrations, encore stéréotypées. C’est cette image que l’auteur essaye de démonter dans les paragraphes suivants, avec une approche différente de la femme immigrante africaine en Europe, en soulignant l’importance des réseaux qu’elles créent, ainsi que les tensions et les contradictions que ces femmes affrontent.

“Este es quizás uno de mis móviles —no diría uno de los motivos porque prefiero que sea algo más oculto, una intención que no es voluntaria pero que se propaga en mí— esa tendencia a rehabilitar lo que está olvidado, en segundo lugar”.

Hélène Cixous

La consolidación del modelo colonial

Rara vez se puede hablar del continente africano sin aludir siquiera someramente al periodo colonial. También en este caso la referencia es obligada. El modelo desde donde se han analizado las migraciones africanas, que responde a lo que teóricamente se ha denominado “migraciones laborales”, esto es al desplazamiento temporal de un trabajador (normalmente, hombre) y a su inserción en el mercado de trabajo capitalista mientras cubre su reproducción en la esfera no capitalista o “tradicional”, espacio en el que quedan recluidas las mujeres, fue un modelo que se desarrolló en la época colonial. Con ciertas variaciones regionales, el modelo respondía a una necesidad propia del sistema capitalista, la regulación de la movilidad geográfica de los trabajadores y la imposición de restricciones a la movilidad laboral. El propio sistema colonial tenía sus ventajas. Permitía imponer todo tipo de restricciones e imponerlas de forma absolutamente aleatoria con el fin de conseguir una fuerza de trabajo estable, disponible y nada cohesionada. Impidiendo el asentamiento de los trabajadores en las ciudades, como ocurrió en las zonas mineras del África austral, u obligando mediante salarios escasos y restricciones legales a la permanente articulación con el segmento campesino a través de los núcleos familiares como se daba en todo el continente, se evitaba el crecimiento en las ciudades de una clase trabajadora. Los hombres se incorporaban al sistema capitalista en la edad productiva y retornaban a sus hogares una vez que dejaban de ser rentables para el sistema. Al tiempo se aseguraba la reproducción social de la fuerza de trabajo, fuera de la esfera capitalista, manteniendo el sistema tradicional y fijando a las mujeres en esta esfera. Luego también había que controlar a las mujeres, que comenzaban a escapar a todo tipo de control¹. Se tenía que controlar su trabajo y se tenía que controlar su movilidad. Se hizo mediante una serie de normas que excluían a las mujeres del trabajo asalariado, tanto dentro de la administración como del trabajo industrial, y se reforzó al poder patriarcal a través de nuevas estructuras de dominación (Sdhmidt, 1991). Lo que hoy conocemos como “familia tradicional” tiene en este periodo su anclaje. Como señala Mama (1997:87), “la exclusión de mujeres de la economía formal salarial es una evidencia ligada a la ideología de la domesticidad”. De ahí surge, sin ninguna duda, esa imagen de “auténtica mujer africana” que todavía parece ligada con sorprendente

1. Las entidades coloniales tenían muchas veces actitudes contradictorias en relación a la presencia de mujeres sobre todo en medios urbanos. Así mientras en unas épocas promulgaban decretos que obligaban a la fijación de las mujeres en las áreas rurales, en periodos de mayor tolerancia permitían que las mujeres se instalaran en las ciudades y trabajaran ofreciendo todo tipo de servicios útiles a los hombres reclutados para trabajar y vivir en barrios de trabajadores. Los trabajos más habituales eran la fabricación y venta de licores y el comercio del sexo. (White, 1990, Schmidt, 1991, Barnes, 1992)

fuerza al imaginario colectivo. El de una mujer satisfecha de su subordinación en tanto que esposa y madre, pasiva ante el abuso y tolerante ante todas las formas de infidelidad. Una mujer cuya verdadera y única ambición es salvaguardar su respetabilidad, y cuya ocupación prioritaria es la de mantener la estabilidad de su matrimonio y de la familia, y la de satisfacer los deseos de su marido (Babangida, 1988).

Esta imagen está sostenida por los cinco pilares que conforman el esqueleto de la familia africana tradicional, esto es,

- Una estricta separación de roles y responsabilidades entre hombre y mujer, que se manifiesta en prácticamente todos los aspectos de la vida, la diferencia de edad, que refuerza a su vez la dominación masculina, la división agrícola del trabajo, modelos de interacción social, etc².
- La integración de las funciones de producción y reproducción en los niveles de todas las generaciones de la familia,
- El predominio del linaje sobre la solidaridad conyugal,
- Una tendencia a la poligamia ,
- La dominación de la edad.

Dentro de esta estructura, la decisión de emigrar depende fundamentalmente del clan o del linaje. Como dice Arthur (1987), “la familia influye en la decisión de emigración ayudando al emigrante potencial a establecer lazos en el lugar de destino y proporcionando información y asistencia económica”. Eso sí, lo que ocurre es que el emigrante potencial suele ser varón. A las mujeres les queda “un importante papel en una sociedad de dominio masculino: la preparación del terreno”.

He aquí la diferenciación genérica del modelo colonial, la figura móvil es la del hombre y la figura estática es la de la mujer.

Claro que los modelos responden a la ideología dominante, pero no reflejan la variabilidad de situaciones y de respuestas que los individuos desarrollan ante distintas formas de dominio. Tampoco son capaces de incorporar sus propias contradicciones.

2. Las responsabilidades económicas de la pareja son igualmente divisibles. Los hombres tienen asignadas las obligaciones asociadas al dinero (por ejemplo las compras importantes de cereales, el alojamiento, los medicamentos) y las mujeres las responsabilidades asociadas a la educación de los niños (por ejemplo los gastos escolares, los vestidos...) En la mayor parte del continente los hombres y las mujeres comen separadamente, se frecuentan raramente y se casan sin tener relaciones conyugales más profundas.

Por ejemplo, frente a esa tendencia a relegar a las mujeres en lo que se consideraba el ámbito de lo tradicional, que se identificaba con los poblados rurales, en las ciudades —fundamentalmente en el África Occidental— la presencia femenina era en algunos casos incluso superior a la presencia masculina. Luego algún tipo de movimiento migratorio tuvo que darse. Es incluso posible que esa forma de pensar a las mujeres como inmóviles y estáticas fuera cuanto menos limitada y cuanto más ficticia. Pero para verlas en movimiento había que incorporar otra forma de pensar.

Los estudios que desde el género comenzaron a investigar la migración femenina en África en los años ochenta visibilizaron esta tendencia (Thadani y Todaro, 1984, Pittin, 1984, Watts, 1983, Robertson, 1984).

Es verdad que los estudios pioneros de Cadwell (1968) y Sudarkasa (1977) ya habían hablado de emigración de mujeres. Pero lo hicieron desde la emigración masculina, entendiendo la migración de mujeres como migración de acompañamiento, no tanto como un proyecto individual sino como una práctica matrimonial. Porque, incluso cuando se hace referencia a la llamada “migración matrimonial”, hay diferentes planteamientos teóricos. Pittin (1984) y Watts (1983) hacen referencia a este tipo de desplazamientos enfatizando el carácter móvil de las mujeres, subrayando la dimensión esencial que tiene la emigración en sus vidas. Tanto que Dolores Juliano hablaría años más tarde de “mujeres estructuralmente viajeras”, aludiendo también a estos matrimonios virilocales propios de sociedades patriarcales que fuerzan a las mujeres al desplazamiento a través del matrimonio. Watts menciona incluso desplazamientos a larga distancia coincidiendo con el matrimonio entre jóvenes procedentes de ámbitos rurales y emigrantes urbanos en Ilori (Nigeria). Y en estos desplazamientos las mujeres viven la pérdida de referentes que tienen los emigrados³, y acceden a lo que para ellas son las ventajas del mundo urbano: la oportunidad de ser independientes económicamente como comerciantes, el acceso a la sanidad y a la educación o la mejora de las condiciones del trabajo doméstico.

La migración matrimonial, pese a ser extraordinariamente importante no es, sin embargo, la única modalidad de migración femenina. Muchas mujeres se desplazaron, incluso en el periodo colonial, de forma autónoma. O bien habían llegado a las ciudades en edades muy tempranas⁴ o bien se desplazaron en busca de una salida educativa o profesional (Robertson, 1984).

3. Cuando llegan a sus nuevos hogares, las jóvenes dejan de tener pasado. Lo que habían sido, las experiencias vividas quedan acumuladas en algún resorte de su memoria. Porque en el hogar en el que se integran reciben hasta un nuevo nombre, que al principio está vacío de contenido. Serán “la madre de...”. De hecho tendrán una nueva identidad cuando sean madres.

4. Numerosas mujeres comienzan su carrera como inmigrantes muy jóvenes desplazándose a las casas de tías, abuelas u otros familiares donde ellas son confinadas (Findley, 1999).

La emigración autónoma de mujeres no era, sin embargo, una aventura fácil. No sólo tenían que sortear las dificultades que supone el acceso y entrada en el medio urbano desgajadas de los lazos familiares, sino que además estaban expuestas a la sanción moral de la ideología dominante que tendía a mirar a las mujeres urbanas como prostitutas. Un imaginario al que contribuían algunos de los escritores más celebrados. Son famosos los relatos de Abdoulaye Sadj, *Maimouna la petite fille noire* de 1953 y *Jagua Nana*, escrita en 1961 por Cyprian Ekvensi, ésta última traducida al castellano. En ambos se presenta la nueva imagen de la mujer urbana, sofisticada y completamente divorciada de la vida en el campo. Una mujer que contrasta claramente con la imagen de la “auténtica” mujer africana, enclavada en el “tradicional” espacio rural. Dos estereotipados caracteres que pretendían crear una falsa dicotomía al servicio de una ideología que seguía siendo muy poco permisiva con la libertad de movimientos de las mujeres. Y digo falsa porque como mostró Christine Obo en su estudio de las mujeres rurales en África del Este, las mujeres no veían el campo y la ciudad como polos opuestos. Cuando las oportunidades económicas y las opciones personales se veían restringidas en las áreas rurales, las áreas urbanas representaban un espectro nuevo de oportunidades más que un conjunto de circunstancias completamente diferente.

El periodo de la modernidad. Las migraciones rural-urbanas

Con el advenimiento de las independencias, el continente parece preparado para su instalación en la modernidad. Las expectativas políticas de los nuevos gobiernos coinciden con procesos de urbanización e industrialización⁵ que hacen de las zonas urbanas donde se concentran prácticamente todos los servicios médicos y la mejor oferta educativa, el eje del crecimiento económico y demográfico de los nuevos estados africanos. Frente a las luces de la ciudad, la productividad en el campo decrece y las condiciones de vida son cada vez más duras. El éxodo rural aumenta prácticamente en todas las regiones del continente⁶. De hecho, la emigración se convierte en una de las estrategias económicas básicas de las organizaciones domésticas campesinas. La inversión colectiva en uno de los miembros será compensada con el envío periódico de remesas que se reinvertirán en la economía rural. Dentro de la lógica de

5. Los dirigentes africanos de la época optaron por una estrategia de desarrollo sobre el eje de una industria de exportación. Pero esta política de industrialización no fue muy efectiva. De hecho, desde los años 1950-1970, contrariamente a lo que se pudo observar en otras partes del mundo, se puede hablar de un modelo de urbanización sin industrialización (Coquery-Vidrovitch, 1992; Arnaud, 1998)

6. En veinte años la tasa de urbanización pasó en el África subsahariana de un 8,5% en 1950 a un 16,1% en 1970. Datos de 1995 sitúan la misma tasa en el 29,1%. (Bocquier y Traore, 2000:48)

la reciprocidad equilibrada que está en la base de las relaciones familiares, las remesas se entienden como el capital prestado re-enviado. De ahí la obligatoriedad del mantenimiento de vínculos, especialmente aquellos que son traducidos en términos económicos.

Dadas las escasas posibilidades de trabajo asalariado que permite el precario modelo industrial, el sector informal se convierte en el eje de la actividad económica de las nuevas ciudades africanas (Hart, 1974). Las mujeres concentradas en el sector del comercio informal comienzan a ser vistas dentro de las estructuras domésticas familiares como miembros económicamente activos. Tal es así que cada vez más estudios muestran la intensificación de la migración femenina. Haciendo referencia a investigaciones más recientes, Adepoju (1999) señala que en Costa de Marfil, la migración de mujeres de Burkina Faso se ha incrementado a pesar de la amenaza de la recesión económica en el país tradicionalmente receptor. Esto se puede explicar, según Findley (1997) por el hecho de que las mujeres están concentradas en el sector informal, menos afectado por la crisis económica que el sector asalariado. Pero no sólo, yo apuntaría también a la densidad de las redes sociales femeninas y a su capacidad para adaptarse en entornos hostiles.

Little analiza en sus estudios más clásicos sobre las migraciones rural-urbanas en el África Occidental (1964, 1974), el papel de las asociaciones voluntarias en las ciudades como la respuesta de los emigrantes recién llegados a las condiciones de la ciudad. Este tipo de asociaciones, que sólo en Acra, cuando fueron estudiadas en 1954, sumaban 26.193 miembros (Little, 1964:48), desempeñaban multitud de funciones. En unos casos funcionaban como auténticos colchones cubriendo las deficiencias de un Estado que no desarrolló una red de servicios sociales que permitiera asumir las funciones que la familia y la comunidad desempeñaban en el entorno rural. En otros, desde las famosas asociaciones de villa o aldea, se emprendía la tarea de mejorar la aldea, ciudad o estado nativo. La idea era “conseguir para el país de origen adelantos modernos, hospitales, escuelas y carreteras semejantes a los que había en el lugar al que los emigrantes se habían trasladado” (1964:31). En el caso de las mujeres, las asociaciones voluntarias ofrecían una solución económica y la oportunidad de ser libres, de protegerse contra un matrimonio desgraciado, de compensar la inseguridad y de mantener a sus hijos consiguiendo una independencia económica. En especial estas asociaciones ayudaban a las mujeres a comerciar. Para la mayoría de ellas vender era la única forma de obtener dinero regularmente. Otra actividad económica relevante entre las mujeres inmigrantes, pero no tanto como subrayaron los estudios de Little, es la prostitución. También en este caso, las asociaciones voluntarias facilitaban diferentes clases de relaciones irregulares con hombres.

Pero las asociaciones son más que un vínculo de carácter económico. Son un sostén emocional. Las mujeres emigradas se reúnen en clubs de ayuda, desarrollan lazos de parentesco ficticio con amigos y establecen relaciones de ayuda mutua con vecinos.

Conforman también su propio bagaje. Son un recurso que las mujeres son capaces de movilizar en diferentes contextos. También fuera del propio continente africano.

Las migraciones internacionales

Desde que las necesidades de los países colonizadores forzaron las primeras migraciones laborales (“migraciones coloniales”) entre los antiguos países colonizados y sus metrópolis, la emigración hacía Europa no ha dejado de crecer. En la década de los sesenta, cuando los primeros inmigrantes (laborales) senegaleses, malienses y mauritanos llegaron a Europa reclutados por el gobierno francés que halló en estos países del África Occidental el granero que había perdido después de la guerra de Argelia, las migraciones eran de carácter circular y no muy diferentes al patrón de migraciones laborales que se habían desarrollado en la época colonial. Para Francia, como para el resto de los países de Europa Occidental que comenzaron a reclutar trabajadores en los antiguos territorios coloniales, la intención era crear una “fuerza móvil de trabajo”. Para ello, y a la manera de la época clásica, concibieron sistemas de reclutamiento temporal, restricciones a la entrada de familiares, rotación de los trabajadores y empleos estacionales. El lugar que ocupaban los trabajadores migrantes en el mercado de trabajo y en la sociedad, lo retrataron Castlès y Kossack en 1973: “En todas partes se encontraban en el mismo tipo de trabajo: los no especializados y los semiespecializados, en los trabajos de la construcción y en la manufactura, así como en la prestación de servicios sucios o desagradables. Los inmigrantes y sus familias se veían obligados a ocupar habitaciones en la ciudad, separados de los trabajadores que habían nacido en el país: comenzaban a formarse los ghettos. En todas partes los inmigrantes carecían de derechos civiles y políticos, se les recibía con expresiones cada vez más claras de racismo por grandes sectores de la población originaria. Interrogados, la mayoría de los inmigrantes manifestaba su intención de regresar a su patria, pero el día del regreso se alejaba más y más hasta un futuro incierto” (1984:537).

De hecho, muchos de estos primeros emigrantes laborales permanecieron en Francia hasta la edad de su jubilación (Traore, 1994; Mboup, 2000; Timera, 1996). Al principio, siguiendo patrones de migración masculina en solitario.

Después, cuando a partir de 1973 los estados europeos comenzaron a poner restricciones a la entrada laboral de trabajadores, aprovecharon las medidas de reagrupación familiar y trasladaron junto a ellos a sus mujeres formando, ya en Francia, nuevos núcleos familiares.

Las mujeres africanas aparecieron entonces en la literatura sobre migración en Europa como apéndice de la inmigración masculina, como la cara oculta del dios Jano, como la esencia del problema de la integración. En un monográfico que la revista de carácter solidario *Migrants-Formation* dedicó a las familias africanas en el año 1992 se resumía este discurso. Los diferentes colaboradores que participaron en este número mostraron a la familia africana a través de la imagen de la alteridad (Barou, 1992; Poiret, 1992). Los rasgos que se subrayaron —la distinción racial, su carácter polígamo, su religión (musulmana), su tamaño— la alejaban del modelo de familia de tipo medio occidental. Y en este esquema de familia “tradicional” situaban a las mujeres analfabetas, dependientes y sumisas, como el barómetro de la integración. Ellas eran la esencia misma de la otredad, el eje del discurso de la diferencia, el instrumento de la exclusión al tiempo que el objeto de políticas o programas de integración que desde la formación y/o capacitación pretendían transformarlas en seres más “libres” (Nicollet, 1992).

Esta imagen construida a partir de la interacción del movimiento solidario francés con los inmigrantes soninkés y poular de las primeras oleadas de la migración senegalesa, maliense y mauritana en Francia, no se ha modificado de forma sustancial en los últimos años. Es más, se ha visto reforzada por los nuevos tópicos que los medios de comunicación han incorporado más recientemente, desde la cuestión del velo, los matrimonios forzados o la mutilación genital femenina. Todos ellos abundan en la idea de las mujeres jóvenes prisioneras de la religión y la esfera doméstica o familiar. El problema con las imágenes de las mujeres africanas, decía Rassiguier, es que la “hiper-visibility en el discurso político y en los medios de comunicación contrasta con las carencias del discurso científico y/o académico” (2003:3). Una visión que de tan reducida tiende a lo caricaturesco. ¿Dónde están —se sigue preguntando Rassiguier— las madres solteras trabajadoras? ¿Dónde las organizadoras políticas? ¿Dónde las divorciadas o aquellas que viajaron solas a Francia? ¿Dónde la diversidad, la heterogeneidad de formas de ser, de pensar, de relacionarse?” (2003:4).

Es verdad que las nuevas perspectivas teóricas, esas que ven a los sujetos analizados como actores/actrices sociales están subrayando la capacidad de agencia de las mujeres africanas. Pero a veces esa capacidad se subraya en estas nuevas mujeres “autónomas” protagonistas de los nuevos movimientos

migratorios y protagonistas a su vez de nuevos cambios sociales. En cambio esas otras mujeres tan difícilmente encasillables, esas que siguen moviéndose con la habilidad que da toda una historia reconociéndose en el espejo de la vulnerabilidad, siguen permaneciendo ocultas.

En el siguiente epígrafe intentaré hacerlas un poco más visibles. Lo haré acercándome a un grupo de ellas.

Acercándonos a la mujer inmigrante africana en Europa. Un caso etnográfico

En España, los rasgos a partir de los cuales se ha construido la “imagen de la mujer africana” proceden del primer núcleo de migración del África Occidental asentada en Cataluña, procedente de Senegal, Gambia y Malí, en los años ochenta. Mujeres muy jóvenes —casi niñas— que llegaban como consolidación del proyecto migratorio de sus maridos, en cuyas redes sociales se instalaban. Procedentes en su mayoría de las zonas rurales y muy ligadas a lo que comúnmente se entiende por “tradicional” en el colectivo africano. Valores que iban desde el acatamiento de los matrimonios polígamos al valor de la maternidad entre las mujeres. Eran los hijos los que daban entidad como tales a las mujeres. Como dice la escritora Buchi Emecheta en su libro *Las delicias de la maternidad*, “una mujer sin ofrecer un hijo a su marido era una mujer fracasada”.

En torno a estos referentes se fue construyendo lo que en alguna ocasión denominé la imagen de la africanidad, una imagen que reflejaba el modelo que tan claramente dibujara el monográfico de la revista *Migrants-Formations* en el que la mujer africana aparecía como el negativo del retrato de la mujer occidental.

Conozco bien esta imagen y estas mujeres porque estuve compartiendo muchos tiempos con ellas mientras realizaba mi investigación de campo en antropología durante los años 1993 y 1994. Porque las conozco sé que se escapaban a todas las categorías. Sé que representaban el paradigma de la alteridad. Llegaban con la imagen interiorizada de la auténtica mujer africana que les proyectaban desde la infancia. Desde ahí se proyectaba su visibilidad. Pero también traían en bolsillos más pequeños esas otras estrategias o habilidades que han tenido que desarrollar los grupos subalternos para ir dotándose de fuerza en entornos opresivos. Lo hacen desde el ocultamiento, que les permite dejar para el terreno más íntimo las emociones, los sentimientos. Resulta extraordinariamente difícil, con estas mujeres tan acostumbradas a

ocultar lo que sienten verdaderamente, traspasar el velo que mantiene su invisibilidad. Ellas se sienten tan cómodas en este doble escenario, el de las imágenes y el de las emociones, que pueden adaptarse y reflejarse en la imagen que les proyectan —de la sumisión, de la dependencia— y desde allí, usando ese otro lenguaje que les permite mantener la comunicación entre ellas pero ocultarse ante aquellos que las ven a través de una imagen, crear sus propias condiciones de supervivencia. En Calella, la ciudad de la comarca catalana en la que realicé mi trabajo de campo, lo hicieron a lo largo de la década de los noventa. Me voy a detener un poco en el proceso porque me gustaría ilustrar cómo operan estas lógicas.

Las jóvenes mujeres senegambianas asentadas en Calella en los años ochenta, resultaban incómodas para las instituciones e incluso para las feministas. Con un castellano precario y un catalán inexistente asumieron pronto una función como proveedoras de recursos en unos hogares que vivían con tensión la inestabilidad económica de estos años. Acudían a los servicios de ayuda institucionalizada (desde Cáritas a Servicios Sociales) y reivindicaban lo que previamente se les había ofrecido: ayuda (a ser posible económica). Pedían como miembros de un colectivo marginal. “Nos tienen que dar porque somos pobres”, repetían como un mantra reproduciendo un discurso que entonces era habitual en las instituciones. Pero en tanto pobres, los hombres eran mejores interlocutores que las mujeres ante las instituciones. Hablaban un castellano más perfecto, conocían los códigos locales y, sobre todo, adoptaban un discurso que se adaptaba a la imagen que la administración (ONG, incluidas) había construido de ellos, pedían desde la sumisión. No así las mujeres que con la tosquedad de quien no conoce los códigos no eran capaces de reproducir la imagen que se adaptaba a aquella que se había creado desde las entidades locales. Y en lugar de pedir, exigían. Sólo cuando las mujeres conocieron el discurso y comenzaron a adaptarse a la imagen —de sumisión, de dependencia en una estructura patriarcal que les imponía la maternidad casi como una condena— comenzaron a ser reconocidas como interlocutoras-mediadoras entre los hogares y las propias instituciones. Las senegambianas del Maresme habían incorporado un discurso de género —si se me permite la expresión— pero lo utilizaban para relacionarse en una estructura claramente asimétrica en la que ellas ocupaban una posición de subordinación. Es fácil entender que en estas condiciones primara entre las mujeres su condición de africanas y de inmigrantes, que las situaba en los márgenes del sistema, que su condición de mujeres que las diferenciaba de sus compañeros, esposos o hermanos, que formaban parte de esa comunidad que les proporcionaba el apoyo emocional, económico y social que no les ofrecían las instituciones de la sociedad de acogida. Pero el hecho de que las mujeres africanas se reconozcan, frente a la sociedad local, en tanto que inmigrantes (africanas) no significa que no sean

conscientes de las condiciones de explotación que se dan dentro de los hogares (incluyendo situaciones de violencia doméstica). Lo son tanto que saben que, frente a ese núcleo, tienen que desarrollar sus propias redes. En África las asociaciones de mujeres son extraordinariamente poderosas, no sólo proporcionan apoyo emocional sino también gracias a los sistemas de ahorro alternativos —las famosas tontines— proporcionan a las mujeres independencia económica. Las mujeres senegambianas —esas a las que el imaginario presenta como sumisas, pasivas, dependientes con poca capacidad de iniciativa— reinventaron los espacios que las instituciones/ONG autóctonas pusieron a su disposición para que se formaran y capacitaran para acceder al mercado de trabajo, o sea, para ser más “libres”. Transformaron las clases en un lugar de encuentro. Mientras las voluntarias que las impartían se quejaban de su disciplina y falta de atención, ellas dotaron de contenido las redes que se iban tejiendo a partir del contacto en el aula. El conocimiento previo que tenían unas de otras era muy pequeño. Cada una fue creando sus redes en círculos de carácter étnico-lingüístico, muy conectados a las redes sociales de sus esposos. En las clases los diferentes círculos se pusieron en contacto. Desde fuera se podía observar, incluso en su disposición espacial, estas diferencias entre *mandingas*, *fulahs* y *sarakoles*. Pero todas tenían un bagaje compartido. Procedían de áreas rurales donde las agrupaciones por edad o género son habituales, y donde las redes de solidaridad femenina son muy fuertes. Decidieron hacer una. Fue un éxito. Les permitió tener acceso a una cuenta propia, algo todavía muy difícil en esta época, cuando todavía pocas podían trabajar. Y sobre todo, intensificaron unos vínculos que han ido movilizando siempre que alguna de ellas ha tenido un problema, o han puesto a funcionar cuando una mujer nueva se ha incorporado a la comunidad.

Género y migraciones en la nueva diáspora africana

Si hasta los años ochenta Europa continuaba siendo el destino prioritario de los migrantes africanos fuera del continente junto a los países del golfo, a partir de estos años Estados Unidos, Canadá y Asia se comienzan a convertir también en destinos regulares. Las limitaciones jurídicas y la presión del racismo en los países receptores de esta nueva emigración contrasta con la fuerza que desde los lugares más recónditos del continente empuja a los jóvenes, y no tan jóvenes a emigrar. Todos quieren salir de un continente que se hunde. Sólo lo consiguen los que tienen más preparación, más dinero o más capital social. A los antiguos campesinos, les siguieron los comerciantes y artesanos, que sobre todo en el caso de Senegal (los modou-modou) han conseguido crear una red que articula a individuos de Senegal, Francia, España, Italia, Estados Unidos en lo que es la diáspora más extendida de todo el continente (Carter, 1997;

Mboup, 2000; Diouf, 2000; Arthur, 2000). Y a estos, los nuevos profesionales que prefieren ocupar un metro cuadrado en una ciudad europea que una clase en la universidad.

No sólo ha habido migración laboral. Una de las losas del continente son las consecuencias de una “fuga de cerebros” que comenzó ya en los años setenta. Desde entonces trabajadores muy calificados y experimentados en comercio y profesiones liberales (médicos, personal paramédico, enfermeras, profesores, profesores de universidad, ingenieros, científicos y técnicos) han emigrado de Zimbabwe, Zambia, Senegal, Ghana y Uganda a Sudáfrica y a otros lugares fuera de Africa. Según un estudio del Banco Mundial unos 23.000 académicos calificados salen de Africa cada año en busca de mejores condiciones de trabajo, debido al estado de crisis de las economías del continente (Banco Mundial, 1995).

Esta emigración de alta cualificación afecta muy sustancialmente a las mujeres. Mujeres profesionales de Nigeria, Ghana y hasta cierto punto Tanzania, están empezando a emigrar a nivel internacional, y a menudo dejan a sus cónyuges en la casa para sustentar a los hijos. Se ha contratado a enfermeras y mujeres médicos de Nigeria para trabajar en Arabia Saudí. Otras emigran con sus hijos para proseguir sus estudios en los Estados Unidos o en el Reino Unido, puesto que el sistema educativo en Nigeria está prácticamente descompuesto (Adepoju, 1995b).

En la medida en que éste es un fenómeno nuevo, constituye —dice Adepoju— una importante modificación de los papeles de los hombres y las mujeres en la región. Todavía es una tendencia que tiene que ser estudiada. De momento tenemos la literatura, más en concreto aquella en la que las mujeres africanas se han acercado a la mujer desde una mirada poliédrica. Es un referente entre el pensamiento feminista la escritora nigeriana asentada en Inglaterra, Buchi Emecheta. De su pluma, querría rescatar una novela y un personaje. Kehinde, la protagonista de la novela del mismo título, vive y siente en propia piel las contradicciones y las tensiones de muchas mujeres africanas que descubren, fundamentalmente a partir de la experiencia migratoria, que pueden vivir su experiencia como mujeres desligadas de los lugares de subordinación en los que les sitúa la moral tradicional. Pero este descubrimiento no está exento de tensiones ni de renunciaciones.

Kehinde viaja a Inglaterra acompañando a su marido que había emigrado con anterioridad. En la ciudad inglesa en la que se instalan y en medio de un entorno hostil —no muy diferente al que tienen que enfrentarse los inmigrantes africanos en cualquier ciudad europea— se refuerzan los lazos conyugales. Lo

son todo para el otro: amigos, amantes, esposos. Su vida y sus relaciones no difieren mucho de las de una "típica" familia de clase media occidental cuyos patrones reproducen cuando nacen sus dos hijos. Eso sí sus relaciones parecen más densas, más firmes.

Casi por sorpresa su marido le comunica que en pocas semanas abandonarán Inglaterra definitivamente y regresaran a Nigeria. Después de años en Europa, Kehinde casi había olvidado el regreso pero sigue a quien hasta ese momento es el centro de su vida. El viaje se organiza en dos fases. Primero se marchará él y preparara todo para el regreso y después llegará ella, cuando cierre toda una vida en Inglaterra. En los meses que permanecen separados la relación se va desdibujando. Las cartas y llamadas, al principio tan seguidas, se van espaciando como anticipando la frialdad del regreso. Cuando finalmente éste se produce Kehinde se siente desplazada. En el hogar del que todavía es su esposo es recibida con recelo. El que antes era su compañero, su amigo, cada vez está más ausente. Ante la tensión que la situación le genera, encuentra sólo incompreensión en el ambiente. Finalmente descubre la causa de tales cambios. Su marido ha tomado otra mujer, más joven, más preparada y más inteligente que ella. Es profesora de una universidad en su país. Y esta elección ha llenado de regocijo al clan familiar que ve con suspicacia los recelos de ella ante la nueva situación.

Kehinde, la protagonista, decide regresar a Europa. Ha descubierto que no tiene un lugar en la familia tradicional. Para seguir conservando lo que ha aprendido tiene que marcharse.

Aparece reflejada en la novela una de las tensiones de la sociedad contemporánea africana, la contradicción entre dos sistemas de valores, aquel que representa lo tradicional y aquel que supone una ruptura con ese modelo, y que en este caso queda reflejado en esa mujer que decide individualmente sobre su propio destino. Las salidas en este caso no son sencillas. El destino que se le presenta a alguien como Kehinde es un destino duro y difícil que le hace renunciar a su familia, a su país y a su pasado en alas a un futuro incierto. He ahí la angustia de las personas que se mueven en la encrucijada. Un lugar donde se comienzan a instalar muchas de las mujeres africanas que están asumiendo la emigración como un proyecto individual. Tanto aquellas comerciantes que se han desplazado de forma autónoma por diferentes ciudades europeas, africanas y americanas y que aún disfrutando de cierta autonomía siguen tan expuestas a los comentarios de otra gente sobre su conducta en términos morales como lo eran sus precursoras en las ciudades africanas (Rosander, 1998), como las mujeres que han emigrado siguiendo a sus maridos y que en destino han alcanzado grados de autonomía que las hace, a los ojos de

algunos hombres, “menos dependientes, menos sumisas y más libres” (Arthur, 2000). En las localidades de la Cassamance, en Senegal, donde comencé una investigación en 2004, se comenzaban a escuchar voces de emigrantes retornados alarmados por los derechos que comienzan a reivindicar sus mujeres en Europa, donde pronto acceden a las redes femeninas (africanas) que no sólo les facilitan la entrada en un nuevo país, sino que las educan en sus nuevos derechos, y les proporcionan apoyo emocional en contextos, como el europeo, donde las mujeres africanas se han presentado social, política y mediáticamente como el paradigma de la alteridad. Porque no nos confundamos. Son en las redes autónomas (y no las redes o los centros de acogida de las sociedades de acogida) en las que las mujeres inmigrantes se forman y desde donde se hacen más libres. No son redes, por otro lado, que hayan crecido al amparo de otro tipo de iniciativas en el marco de la sociedad occidental. Las asociaciones voluntarias en África y más en concreto aquellas que vinculaban a las mujeres a través de las famosas tontines tienen una gran tradición en las sociedades africanas, como veíamos más arriba.

Debemos ser, por esto, muy cautos a la hora de analizar textos como el de Buchi Emecheta. El hecho de que estas tensiones aparezcan reflejadas en un texto en el que podríamos entender la emigración como vehículo de emancipación no debería llevarnos al error de considerar la oposición tradición-modernidad asignando unos valores a la sociedad africana y otros a la sociedad euroamericana, principales destinos de la emigración contemporánea. Las tensiones entre tradición y modernidad se viven en el seno de las propias sociedades africanas. Las nuevas migraciones y el incremento de la migración femenina en las migraciones internacionales no son más que las consecuencias de esa tensión.

Bibliografía

- ADEPOJU, ADERANTI y WARIARA MBUGUA (1999) : “Les mutations de la famille africaine”, ADERANTI ADEPOJU (ed.) *La famille africaine*, París: Karthala.
- AHMED, HASSAN E.I. (1999): “Globalisation and National Security in Africa”. Paper presented at the Sixth Congress of the Organisation for Social Science Research in Eastern and Southern Africa (OSSREA), White Sands Hotel, Dar EsSalaam, Tanzania, 24-28 April.
- AKOKPARI, JOHN K. (2000): “Globalisation and Migration in Africa”, *African Sociological Review*, 4,2, pp. 72-92.
- AMMASSARI, SAVINA y BLCAK, RICHARD (2001): “Harnessing the Potential of Migration and Return Promote Development: Applying Concepts to West Africa”, *Sussex Migration Working Papers*.

- ARTHUR, JOHN A. (2000): *Invisible Sojourners*, Westport: Praeger.
- ARTHOUR, JOHN A. (1984): "International Labor Migration Patterns in West Africa", *African Studies Review*.
- BASTIAN, MISTY L. (1999): "Nationalism in a Virtual Space: Immigrant Nigerians on the Internet" *West Africa Review*: 1,1 (<http://www.icaap.org/iuicode?101.1.1.2>).
- CASTLES, STEPHEN y GODULA KOSACK (1984): *Los trabajadores inmigrantes y la estructura de clases en la Europa Occidental*. México: FCE.
- CARTER, DONALD (1997): *States of Grace*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- DAUM, CHRISTOPHE (1998): *Les associations de Maliens en France*, Paris: Karhala.
- DIAGNE, MADIAMBAL (2003): "Sénégalais D' Amérique". *Le Quotidien*, 18, agosto, 2003.
- DIOUF, MAMADOU (2000): "The Senegalese Murid Trade Diaspora and the Making of a Vernacular Cosmopolitanism", en *Public Culture* 12 (3): 679-702.
- DA SILVA, MARIANA (2004): "Quand les femmes des quartiers sortent de l'ombre". *Le Monde Diplomatique*, septiembere.
- DRAKAKIS-SMITH, D.W. (1984): "The Changing Role of Women in the Urbanization Process: A Preliminary Report from Zimbabwe". *International Migration Review*, núm. 4.
- FINDLEY, SALLY (1999) : "La famille africaine et la migration", ADERANTI ADEPOJU (ed.) *La famille africaine*, París: Karhala.
- JABARDO, MERCEDES (2001): *Ser africano en el Maresme. Migración, trabajo y etnicidad en la formación de un enclave étnico*. Tesis de doctorado. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- JABARDO, MERCEDES (2004): "Culturas del trabajo y trabajo de las culturas. Una mirada a los senegambianos del Maresme". *Studia Africana*,.
- LARBI, MADONNA OWUSUAH (2000): New Gender perspectives for the millennium: challenges and successful models of north-south Colaboration. *West Africa Review*: 2,1. (<http://www.icaap.org/iuicode?101.2.1.5>).
- LURBE, KÁTIA (2000): "Mujeres estructuralmente viajeras. Entrevista con Dolores Juliano". *Papers*, núm. 60, pp. 381-389.
- MBOUP, MOURTALA (2000): *Les sénégalais d' Italie*. Paris: L' Harmattan.
- MIGRANTS-FORMATION (1991): *L'Integration au feminin*, núm. 84, marzo.
- OBBO, CHRISTINE (1980): *African Woman: Their Struggle for Economic Independence*. London, Zed Press.
- OGUNDIPE-LESLIE, MOLARA (1994): *Re-creating ourseleves. African Women & critical transformations*. New Jersey: Africa World Presss, Inc.
- PHIZACKLEA, ANNIE (1999): "Gender and Transnational Labour Migration", Barot, bradley Fenton (ed.) *Ethnicity, Gender and Social Change*, London: MacMillan Press Ltd.

- PITTIN, RENÉE (1984): "Migration of Women in Nigeria: the Hausa case", *International Migration Review*, vol. 28, N.4.
- RAISSIGUIER, CATHERINE (2003): "Troubling mothers: Immigrant women from Africa in France", *Jenda: A journal of Culture and african Women Studies*, <http://www.jendajournal.com/jenda/issue4/raissiguier.html>
- THADANI, VEENA N. y MICHAEL P. TODARO (1984): "Female Migration: A Conceptual Framework", en Fawcett, et Al, *Women in the Cities of Asia: Migration and Urban Adaptation*. Balder, CO Westview Press.
- TRAORE, SADIO (1994): "Les modèles migratoires soninké et poular de la vallée du fleuve Sénégal". *Revue Européenne des Migrations Internationales*. Vol. 10, núm. 3.
- UFOMATA, TITI (2000): "Women in Africa: their socio-political and economic roles", *West Africa Review*: 2,1 [<http://www.icaap.org/iuicode>, 101.2.1.4]
- WATTS, SUSSAN J. (1983): "Marriage Migration, A Neglected form of Long-Term Mobility: A case Study from Ilorin, Nigeria", *International Migration Review*, vol. 17, núm. 4.